

9

CORONABORIS**ÀLEX COMES***Polítologo y periodista. Director de Estudio LaBase*

Decía un artículo de *El País* algo así como que el coronavirus obligó a Boris Johnson a dejar de ser Boris Johnson, y la verdad es que no encuentro una frase mejor para poder resumir la gestión comunicativa del *premier* británico, y su equipo de comunicación, durante esta primera etapa de la crisis del COVID-19. Una frase que ya de por sí da una visión generalizada de lo que supone la figura política de BoJo en el panorama político británico e internacional. Johnson es una persona que a lo largo de su abrupta vida (política) ha ido modelando su marca personal en torno a las diferentes encuestas y estudios de opinión que le iban facilitando su equipo de asesores, un camino sinuoso que podríamos indicar, a primera vista, como un trabajo de ascenso político bien trabajado y que, en gran parte, ha sido posible gracias a esa gestión de la marca personal que ha ido realizando. Pero, a pesar de todas las reorientaciones políticas que el exalcalde de Londres ha ido tomando durante los últimos años, siempre ha existido en su persona un rasgo claramente diferenciador, tanto en el panorama político británico como dentro del propio partido conservador: su excentricidad.

Este rasgo de su personalidad no es que lo diga yo, tan solo hay que *googlear* «Boris Johnson *eccentric*» o «Boris Johnson excéntrico» y ver la cantidad de resultados que te ofrece el buscador de páginas de comunicación de todo el mundo.

Y es que todo hace indicar que para Johnson, al que podríamos definir como un *outsider* de la política, una de sus principales preocupaciones desde que dio el salto del sector privado al ámbito público es dar a conocer, de una manera ostensible, que es diferente a todos sus «iguales» dentro de la *res publica*. Ese trabajo en ser la nota discordante del panorama político del momento, su momento, ha hecho que uno de sus principales objetivos haya sido que los principales focos de atención mediáticos no pierdan su silueta de vista.

Llegados a este punto todo parece indicar que estamos ante una figura política peculiar, diferente, y es que no se puede entender la gestión inicial de la crisis del coronavirus por parte del gobierno británico sin hacer un breve repaso a la trayectoria política de BoJo, prestando especial atención a esta última etapa, en la que se ha convertido en el referente del Brexit, y a la visión política de su gabinete más cercano, liderado por el también controvertido, y excéntrico, Dominic Cummings.

Boris Johnson es hijo de una familia de la élite inglesa, nacido en Nueva York, aunque posteriormente renunció a su nacionalidad americana, y formado en las mejores escuelas del Reino Unido. Posteriormente, el actual primer ministro británico se enroló en Oxford para estudiar a los clásicos y compartió pupitre, entre otros, con David Cameron. Fue después de licenciarse cuando Johnson inició su trayectoria profesional en los medios de comunicación, consiguiendo su primer encuentro con la fama cuando, estando en *The Times*, se inventó una cita que había salido en la portada del periódico británico.

Esa anécdota, por llamarlo de manera educada, solo fue el inicio de un camino lleno de ácidas polémicas, que han sido una constante tanto en su carrera como periodista como en la de representante público.

Y es que si hay algo que también ha definido a Johnson siempre ha sido el parecer que estaba fuera de onda, por llamarlo de manera suave, como cuando, siendo alcalde, se colgó de una tirolina en el parque Victoria de la noria de

Londres para celebrar los Juegos Olímpicos, o como cuando al inicio de esta crisis señaló en una rueda de prensa que si los ingleses se lavaban las manos en el mismo tiempo que tardaban en cantar dos veces el *Happy Birthday*, no tendrían mayor problema con el coronavirus. Y en este punto conviene indicar que o él lo cantaba muy rápido, o algún día se le olvidó hacerlo, puesto que en las últimas horas se ha hecho público que está infectado por este virus que está causando terror en todo el mundo.

Y este mensaje que lanzó Johnson no fue una ida de olla, ni un error comunicativo, qué va, esto era una declaración de intenciones, en toda regla, de cuál iba a ser la estrategia de gestión del gobierno británico para frenar el coronavirus, una estrategia donde se pretendía ensayar una respuesta diferente a la que el resto de países estaban tomando y que, al igual que su primer ministro, iba a dar mucho que hablar.

Porque otro de los rasgos que siempre ha definido a BoJo ha sido el utilitarismo, y frases como «y si mueren algunos jubilados, mala suerte» definen a la perfección cuál es su concepción política, por mucho que el gobierno corriese a desmentir que, efectivamente, su plan pasaba por, sencillamente, decir a las personas qué tenían que hacer pero sin obligar a ningún tipo de confinamiento y que, por tanto, si las personas no les hacían caso, no era problema suyo. Esta visión darwiniana donde siempre ha de prevalecer el más fuerte, ha sido otra de sus visiones en toda su trayectoria política.

Pero lo que todo hacía prever, más que nada por el avance de la pandemia por todo el continente europeo, era que Boris iba a dejar de ser Boris en algún momento de esta crisis internacional, y que en su lucha constante de Dr. Jekyll contra Mr. Hyde, se iba a imponer la normalidad de lo que estaban haciendo sus excolegas europeos, confinamiento, contención y control de la población.

Fue entonces cuando Johnson se rodeó, ahora sí de manera pública, de un comité de médicos, científicos y matemáticos, que le hicieron ver a la población británica que, al contrario de

lo que se señalaba hasta hacía horas, el coronavirus era un problema mundial, y que el neoyorkino rebelde que les gobierna había dejado de lado la gestión extravagante y, por primera vez en su carrera, se había puesto el traje de estadista en búsqueda del rigor y la seriedad que el momento ofrece.

Ha sido desde entonces cuando Johnson, posiblemente, ha defraudado a uno de sus héroes políticos, tal y como señala un artículo de *eldiario.es*: «Y por eso, mi héroe político es el alcalde de *Tiburón*». Tras las risas del público, continuó: «Sí, porque él mantuvo abiertas las playas», dijo elevando la voz. «Sí, él rechazó, desdeñó y anuló todas esas estúpidas regulaciones sobre salud y seguridad y anunció que la gente debía nadar. ¡NADAR!». Más risas. Una pausa perfecta para plantear los pequeños inconvenientes. «Eso sí, acepto que a resultas de ello el tiburón se comió a algunos niños. ¿Pero cuánto placer obtuvo la MAYORÍA en esas playas gracias a la valentía del alcalde de *Tiburón*?».

Johnson, que según dicen algunos excolegas de profesión siempre se ha creído la versión mejorada de Winston Churchill, no debe de olvidar que, a su venerado primer ministro, los británicos le dieron las gracias por ser un héroe de guerra poniendo en su lugar a Clement Attlee.

Ahora, por fin, Johnson ya ha dejado de ser el campechano alcalde de Gran Bretaña para convertirse en un *premier* británico como mandan los cánones, ahora bien, ¿hasta cuándo durará este nuevo Boris? ¿Es eso lo que querían sus votantes?

El tiempo veremos si le da la razón, o no.